

ENCUENTRO DIOCESANO DE CATEQUISTAS 2009

“SALIÓ EL SEMBRADOR A SEMBRAR”

JUNIO 2009

Mis queridos Hermanos y Amigos, Hermanas y Amigas, Catequistas y Sacerdotes. Pido prestada a Pablo la fórmula de saludo para este Encuentro como lo he hecho en muchas ocasiones:

“Doy gracias a mi Dios cada vez que les recuerdo; siempre que rezo por Ustedes, lo hago con gran alegría. Porque han sido colaboradores míos en la obra del Evangelio, desde el primer día hasta hoy. Esta es nuestra confianza: que el que ha inaugurado entre Ustedes esta buena obra, la llevará adelante hasta el Día de Cristo Jesús... Y ésta es mi oración: que su amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores.” (Filip. 1, 3-6. 9-10^a)

Gratitud a Dios, gratitud a Vds y por Vds., alegría, reconocimiento de su tarea en la obra del Evangelio, y súplica para que sigan creciendo. Todos estos sentimientos y vivencias de Pablo en el saludo inicial de su Carta a los Filipenses, nacen de lo más profundo de mi corazón al encontrarles. Me siento feliz de volver a estar con Vds. y necesito decirles que les quiero. Que valoro su trabajo, que deseo animarlo y potenciarlo, defendiéndolo de algo tan destructor como la tentación del cansancio y el desánimo. También yo experimento como Ustedes esta tentación, pero es mayor la Esperanza. También yo experimento como Ustedes y como los discípulos de Emaús la tentación de ‘alejarme de Jerusalén’ decepcionado. Pero Jesús se acerca a nosotros y nos transforma, nos abre a la Esperanza.

La desesperanza nace de la experiencia del fracaso, o de la experiencia de las dificultades que se obstinan en permanecer, o de la experiencia de la propia debilidad, que se siente con fuerza. Sin embargo, la esperanza no nace de la experiencia del éxito, ni de la falta de dificultades, ni de la falta de conciencia de la propia debilidad. La Esperanza nace realmente de la experiencia de Dios, de la experiencia de la fortaleza de Dios vivo y actuante, fiel a su promesa. Y por ello, nace y crece en nuestros corazones a pesar de la falta de frutos, a pesar de las dificultades, a pesar de la conciencia de la propia debilidad.

La primera condición para la Esperanza no puede consistir en cerrar los ojos a la realidad, sino en la lucidez de quien se sitúa correctamente en el lugar y en el momento en el que vive y actúa, y se siente fortalecido e iluminado en su caminar por el Espíritu Santo, que no abandona nunca a su Iglesia. Iluminado y fortalecido por la Palabra del Señor Jesús, que ha asegurado que estará con nosotros hasta el fin del mundo.

En nuestro Encuentro del año pasado partimos de un análisis de lo que considerábamos uno de los factores generadores de mayor dificultad en el campo de la Catequesis: la secularización. La describíamos así: “vivir en un ambiente secularizado es vivir en un mundo en el que están presentes abundantes referencias religiosas cristianas, que han dejado de ser referentes para un amplio sector de la sociedad, y, en ocasiones, incluso para los mismos usuarios o practicantes de las actividades, ritos o prácticas religiosas”. Arrancando de este análisis dedicábamos nuestra atención a situar

la Catequesis en el proceso evangelizador con especial atención a la necesidad de acentuar el primer anuncio de Jesucristo, eso que llamábamos la ‘planta baja’, en tantas ocasiones no sólo vacía, sino incluso sin cimientos ni columnas.

Para iniciar nuestra reflexión, de nuevo volvemos nuestros ojos este año al campo del mundo en el que nos toca vivir, y tratamos de dirigirle una mirada de fe y misericordia, es decir, una mirada con los ojos del Maestro. *“Salió el sembrador a sembrar; al sembrar, algo cayó al borde del camino, vinieron los pájaros y se lo comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y, por falta de raíz, se secó. Otra parte cayó entre abrojos; los abrojos crecieron, la ahogaron y no dio grano. El resto cayó en tierra buena; nació, creció y dio grano; y la cosecha fue del treinta o del sesenta o del ciento por uno”* (Marcos 4, 3-8).

NUESTRA EXPERIENCIA DIARIA

Con esta parábola de la siembra abre su reflexión creyente el Directorio General para la Catequesis de 1997. En nuestro Encuentro Diocesano queremos tenerla como referencia, porque nos invita a tomar conciencia de la variedad de terrenos que reciben – o no reciben- la semilla. Es una de las experiencias fundamentales que hacemos cada día en el campo de la Catequesis, y en cualquier acción pastoral. No todos acogen igual el mensaje, no todos responden igual a la oferta que la comunidad cristiana les hace. Vivimos esta parábola en cada momento. Hay niños, adolescentes, jóvenes, familias enteras que tienen el corazón abierto al encuentro con el Señor Resucitado, acogen su palabra, se integran en la comunidad, y su vida –aun con todas las fragilidades humanas- es testimonio y anuncio de que Jesús vive y actúa en el mundo de hoy, y lo hace más feliz y más humano. Cuando vivimos esta realidad, nosotros como pastores y Vds. como catequistas o como colaboradores de cualquier forma en la vida de la comunidad, nos sentimos felices, y damos por bien empleado el tiempo y los esfuerzos que hemos realizado. La semilla da su fruto, poco, a medias o mucho, pero da su fruto, y permanece.

Otras veces -muchas quizás, o así nos parece- percibimos que todos nuestros afanes se pierden en el vacío, o inmediatamente o en breve plazo. Iniciamos y acompañamos procesos, a veces de varios años, que parecen tener un vigor normal y hasta especial, preparamos con entusiasmo temas, dinámicas, convivencias, excursiones, encuentros de oración... Y en ocasiones, en el breve periodo de un día o una semana, o poco más, todo parece perdido y como si no hubiera existido. Todos sabemos bastante de lo que significa insistir e insistir en sembrar una palabra en terrenos que son como caminos pisados impenetrables; los terrenos con poca o ninguna tierra en los que no puede arraigar la palabra, aunque se logre un entusiasmo inicial que no dura porque es superficial, quizás tan superficial como la vida misma de los oyentes; y las zarzas que asfixian lo que hemos sembrado, cuando el mensaje se intenta mantener sin abandonar situaciones o planteamientos que son sencillamente incompatibles con la palabra del Reino.

En la parábola del sembrador o de los diversos terrenos están representadas todas nuestras alegrías y todas nuestras frustraciones, origen de tantos cansancios y de tantos desánimos. Sin embargo, a veces no prestamos atención a que también nos dice Jesús que en el terreno bueno la semilla no siempre da el 100 por cien de fruto. También

en el terreno bueno está el que da 30 y 60. No hagamos fácilmente cortes en blanco y negro. Tengamos sensibilidad para con lo pequeño, lo incipiente, lo vacilante. En el Encuentro Diocesano de fin de este curso de la Diócesis de Roma, el Cardenal Vallini, Vicario del Papa, hace una interesante observación a este respecto: *“debemos evitar el peligro -aun sin querer- de aprobar la idea de una especie de clasificación, que distingue entre quien está dentro y quien está fuera, entre los que son fuertes en la fe, vecinos, colaboradores, y los demás, los que sólo vienen a Misa, alguna vez o nunca. La Iglesia abraza a todos como a sus hijos presentes o futuros y a todos dirige sus cuidados pastorales”*. E incluso recordaba una importante afirmación del Cardenal Ratzinger: Muchos hombres *“no se sienten en condiciones de dar el paso de la fe cristiana, con todo lo que dicho paso comporta, pero muy a menudo son hombres que buscan apasionadamente la verdad, que sufren la falta de verdad, retomando precisamente así los contenidos esenciales de la cultura y de la fe, y a menudo tornándolos, con su compromiso, más luminosos incluso de lo que pueda hacer una fe dada por supuesta, aceptada más por hábito que por un conocimiento experiencial”*¹

JESÚS SEMBRADOR DEL REINO

Les invito a reflexionar sobre el mismo hecho de que Jesús haya construido esta parábola. Detrás de estas palabras de Jesús está su propia experiencia en el anuncio del Evangelio. Y está la experiencia de las primeras comunidades que, al pasar por el mismo trance, han recordado, han traído a su memoria creyente, las palabras del Maestro. Jesús ha percibido con profundidad la distinta suerte de su palabra: *“Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla”* (Mat 11, 25). Jesús no se ofusca con los entusiasmos de los que en gran número creen en él *“viendo los signos que hacía; , porque sabía lo que hay dentro de cada hombre”* (Juan 2, 23-25). Es Jesús quien más fuertemente ha experimentado esta vivencia del fracaso, la incomprensión de las multitudes que *“le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de su boca”* para pasar de inmediato a echarlo fuera del pueblo y llevarlo hasta el precipicio con intención de despeñarlo (Cf. Luc 4, 16-30). Jesús ha elogiado la fe del centurión romano: *“Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe”* (Luc 7, 9); ha puesto los ojos en la fe de la hemorroisa, o en el humilde donativo de la viuda en el cepillo del templo; pero sufría cuando sus discípulos mismos lo malinterpretaban y buscaban los primeros puestos, o discutían quién era el mayor entre ellos, o querían pedir al Padre que mandara fuego del cielo para que abrasara a los que no les acogían, o tantas incongruencias y tantas debilidades. La parábola del sembrador contiene la experiencia más continua del Maestro. Sólo quien ha experimentado el fracaso total, puede inventar la parábola de la higuera que lleva tres años con hojas vistosas sin un solo fruto; pero sólo quien tiene el corazón de Dios puede ponerse a cavar el terreno a su alrededor y a echarle estiércol para que dé fruto. Jesús ha escuchado las orgullosas palabras de Pedro, jactándose de la fidelidad que piensa mantener, y seguro que ha llorado más que el mismo Pedro al sentirse abandonado y negado; pero le ha lavado los pies, lo ha mirado con cariño y, después de la Resurrección, hasta le ha encomendado que cuide de sus ovejas a pesar de todo.

¹ Relación del Card. Agostino Vallini al final del Congreso Diocesano de Roma, 29 Mayo 2009, www.vicariatusurbis.org.

SEMBRADORES Y TAMBIÉN TERRENOS.

También podemos, y debemos, acoger la parábola mirándonos a nosotros mismos como ese terreno en el que es puesto el mensaje de Jesús. Nosotros, cada uno de nosotros, todos nosotros, que tantas veces gozamos al vivir el seguimiento de Jesús porque hemos acogido su palabra y su fuerza en nuestro corazón, también estamos llenos de incoherencias, dudas y fragilidades. La parábola del sembrador y la diversidad de los terrenos es, pues, doblemente nuestra. Por una parte porque ocupamos el lugar del sembrador, y por otra porque también somos el terreno que acoge la Palabra, o se cierra a su entrada en nuestra vida, o se la intenta compaginar con tantas espinas que la ahogan. Ya de entrada esto nos debería conducir a una humildad básica y total en nuestra tarea. No despreciemos a nadie, no juzguemos a nadie. Tratemos de cumplir nuestra tarea con sencillez, buscando la máxima coherencia, y amando de corazón a aquellos, niños o mayores, a quienes presentamos y ofrecemos el Mensaje. El Señor nos envía a anunciar el Evangelio a todos, y no podemos actuar de modo distinto a como él actuó y actúa. El sembrador de la parábola esparce la semilla con amplia prodigalidad, no se limita a élites estrechas, en las que sabe de antemano que su mensaje será aceptado y acogido.

Pero si esta parábola es doblemente nuestra, como sembradores y como terrenos, lo es además porque también tenemos alguna responsabilidad en las condiciones de los terrenos. Pienso en tantas personas que hoy son como caminos pisados, que se hacen impenetrables a la palabra, porque han sido endurecidos por el paso de tantos escándalos de los mismos miembros de la Iglesia, de los pastores y de los fieles; endurecidos por la falta de testimonio y coherencia o por el testimonio adverso. Como el labrador de la higuera sin frutos tendremos que emplearnos también en cavar y remover el terreno para que se esponje y permita la entrada de la palabra. Tendremos que esforzarnos por limpiar el terreno de las piedras que hacen tropezar e impiden el arraigo de la palabra. Tendremos que emplearnos por presentar una comunidad cristiana sin zarzas que ahoguen, sino fiel al Señor y servidora del pobre.

NO SOMOS LOS ÚNICOS QUE SEMBRAMOS

Es muy normal que entre padres y catequistas cunda un notable pesimismo ante los resultados de su acción educativa, un pesimismo que se torna culpabilización. ¿Qué hemos hecho mal? se preguntan. Es totalmente cierto que hemos de ser coherentes en nuestra vida, y en lo que proporcionamos a las personas que dependen de nosotros. Pero no podemos perder de vista que, junto a lo que nosotros sembramos, otros siembran otras semillas distintas y contrarias. No somos los únicos que sembramos.

“El Reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras la gente dormía, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó.” (Mat 13, 24-25) La famosa parábola de la cizaña nos invita a atender el contexto cultural en el que se realiza la labor de los catequistas como educadores de la fe, o los padres cristianos que sienten su responsabilidad coherentemente. Ya hace años que uno de los teólogos pensadores cristianos más agudos y creativos insistía en un aspecto de la situación cultural española muy importante: *“Hay una creciente paganía. No semejante a la paganía ante-cristiana, sino que es explícitamente post-cristiana, que da por supuesto alegremente que la fe ha perdido la capacidad informadora de la vida, y que nadie que sea lúcido de mente*

puede orientarse desde ella. Que la Iglesia no tiene criterios para determinar su identidad creyente e institucional; que consiguientemente vivimos al final de un cristianismo histórico"². El apunte de análisis es muy grave. ¿Entramos nosotros en esos "por supuesto"? ¿Hemos perdido la confianza en que la fe pueda orientar e iluminar la vida? ¿Son posibles hoy los criterios para determinar la identidad creyente e institucional de la comunidad de la Iglesia? De la actitud vital que sirva de respuesta a estas preguntas depende nuestra actuación como seglares y como pastores conscientes en la Iglesia y en el mundo.

Es absolutamente necesario confirmar esa confianza básica, fundamental, en nuestra fe y en nuestra Iglesia, o recuperarla allí donde se está perdiendo o se ha perdido. Y es absolutamente necesario percibir el entorno y el contexto de nuestra labor. Quizás no se esté pasando del cristianismo al paganismo, pero sí hay en circulación una especie de anticuerpos culturales que previenen en negativo contra la Iglesia, el cristianismo, la fe, la religión. Y esos anticuerpos culturales son asimilados como por respiración ambiental por muchos que fueron cristianos y hoy han apostatado formalmente, o han abandonado silenciosamente sus puestos en la comunidad cristiana, o continúan en los mismos bancos, pero ya no comparten –y se creen legitimados para ello- ni la fe ni los criterios de la Madre Iglesia.

Esos anticuerpos culturales provienen y se extienden gracias a la acción de múltiples agentes: la técnica científica, la política, los medios de comunicación, la economía. En todos estos ámbitos se observa la dialéctica entre actuación por principios o por intereses. La técnica científica actúa por principios cuando está al servicio de la vida humana, y progresa cuando la promueve, la defiende, la preserva de su destrucción; pero puede actuar por intereses, los de los resultados, los logros, las carreras de competencias en la investigación... La muy honrosa tarea política debe dedicar sus esfuerzos a conseguir el orden justo de la sociedad y del Estado; pero puede actuar por intereses, para alcanzar y permanecer en el poder que se consigue con los votos. Los Medios de comunicación pueden estar al servicio de la verdad y el bien de los ciudadanos, pero la tentación de los resultados de la audiencia, la difusión, puede aparecer como juego de intereses que aporta buenos resultados económicos. La economía puede independizarse de la ética, regirse por unas pretendidas propias leyes, para terminar no buscando otra cosa que los máximos beneficios en los mínimos plazos.

La crisis económica que atravesamos ha puesto de manifiesto cuanto acabo de afirmar. Pero lo mismo podríamos decir de otros campos. Lo que esta siempre en juego es el hombre, el concepto de hombre y el concepto de servicio al hombre que se tiene. Y la Iglesia católica trabaja para el bien del hombre, y se esfuerza por hacer valer su visión en el terreno del debate público. Benedicto XVI nos previene continuamente de la tentación de relegar a la esfera privada y subjetiva la manifestación de las propias convicciones religiosas y sus consecuencias en la vida personal y social. E igualmente nos previene de claudicar en lo que llama valores, temas, principios **innegociables**: *“lo que la Iglesia católica pretende principalmente con sus intervenciones en el ámbito público es la defensa y promoción de la dignidad de la persona; por eso, presta conscientemente una atención particular a principios que no son negociables. Entre estos, hoy pueden destacarse los siguientes:*

² Olegario González de Cardenal, España por pensar, Salamanca 1985², p. 411

- *protección de la vida en todas sus etapas, desde el momento de la concepción hasta la muerte natural;*
- *reconocimiento y promoción de la estructura natural de la familia, como unión entre un hombre y una mujer basada en el matrimonio, y su defensa contra los intentos de equipararla jurídicamente a formas radicalmente diferentes de unión que, en realidad, la dañan y contribuyen a su desestabilización, oscureciendo su carácter particular y su irremplazable papel social;*
- *protección del derecho de los padres a educar a sus hijos.*³

En la Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis*, a estos principios innegociables añade también *la promoción del bien común en todas sus formas.*⁴

LA FUERZA DE LA SEMILLA, A PESAR DE SU PEQUEÑEZ.

Todavía utiliza Jesús el tema de la siembra y la semilla para manifestarnos nuevas enseñanzas. *“El Reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana: la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano... ¿Con qué podemos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después de sembrada crece, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros del cielo pueden anidar a su sombra”* (Mc 4, 26-32).

En muchas ocasiones olvidamos que, si realmente estamos sembrando el Reino de Dios en los niños, jóvenes y adultos, si realmente es la Palabra de Dios lo que tratamos de transmitir, ese Reino tiene una fuerza que no depende de nosotros, ni de nuestra sabiduría, ni de nuestro empeño. La semilla va produciendo fruto sola. Hay que darle tiempo, pero la fuerza está realmente en la Palabra. Lo que ciertamente tenemos que revisar es si estamos realmente sembrando el Reino, sembrando la Palabra, acercando a Cristo, integrando en su familia que es la Iglesia.

Ciertamente tendremos que esforzarnos para que los procesos formativos que utilizamos en la Iglesia como la Catequesis:

- lleven a identificar como cristianos porque vinculen en adhesión a Jesucristo, el rostro de la Palabra;
- integren en la comunidad: parroquia, asociación, movimiento, porque vinculen a la Iglesia, la casa de la Palabra.
- impulsen al testimonio alegre en la vida de cada día suficientemente, haciendo cristianos presentes y comprometidos, no personas que huyen de manifestarse como creyentes y huyen de su tarea de renovar la sociedad.

Si realmente creemos en la fuerza de la Palabra de Dios, acudiremos con más frecuencia e interés a las Sagradas Escrituras que son el ‘testimonio’ en forma escrita de la Palabra divina, y en ellas buscaremos y encontraremos a Cristo. La Palabra de Dios estará más presente en nuestros oídos, porque la escucharemos más asiduamente, rezaremos con ella, la acogeremos y la haremos llegar al corazón; más presente en

³ Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en unas jornadas de estudio sobre Europa organizadas por el Partido Popular Europeo, 30 de marzo de 2006.

⁴ *Sacramentum Caritatis* (22 de Febrero de 2007), n. 83.

nuestra vida, porque todos nuestros actos serán como el cántico nuevo que menciona el salmo; más presente en nuestra boca, porque la haremos sonar en los oídos de los niños, jóvenes y adultos; más presente en nuestro grupo y en nuestra comunidad porque se convertirá en nuestra referencia constante.

Si realmente creemos en la fuerza de la semilla que es la Palabra de Dios, no nos distanciaremos de la Eucaristía. Es realmente Cristo en la Eucaristía la verdadera semilla plantada en nosotros, que nos va transformando en él. Como decía hermosamente San Agustín en el libro de las Confesiones: “*como si oyera la voz del Señor que me decía desde arriba: ‘Soy alimento de adultos: crece y podrás comerme. Y no me transformarás en sustancia tuya, como sucede con la comida corporal, sino que tú te transformarás en mí*”⁵. Y si nos transforma a nosotros en Él, y nosotros acercamos a los demás a Jesús, los irá transformando igualmente a ellos.

HACERSE SEMILLA QUE MUERE EN EL SURCO

Entre los que habían venido a celebrar la Fiesta había algunos griegos; estos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: «Señor, queremos ver a Jesús.» Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde; y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor (Juan 12, 20-26).

También hoy la gente necesita *ver a Jesús*, quiere *ver a Jesús*, y acude a nosotros, los que andamos manifiestamente en su entorno, para que se lo mostremos. Y el Señor nos indica y les indica el lugar y el modo de descubrirle a Él en profundidad: Él va a ser glorificado, es decir, se va a poner de manifiesto, va a brillar el núcleo más íntimo de su vida, aquello para lo que ha venido, lo que da sentido a todo lo que ha dicho y hecho; y eso será cuando, como el grano de trigo, caiga en tierra y muera, y sea elevado de la tierra y así dé fruto. Y el que le ame, que siga estas huellas y así lo mostrará. Entregar la vida, siguiendo al Señor, es mostrarlo, es hacer que lo puedan ver hoy los que quieren encontrarlo; también los que se pierden en mil vacilaciones de ideas, pero perciben el don que necesitan. Ser Catequista es seguir estas huellas, y como Él, hacerse semilla que muere en el surco.

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo



⁵ Libro de las Confesiones, Oficio de Lectura del 28 de Agosto.